

Pintores, luminadores,
 Agora no cume estam,
 Orivisis, Escultores
 Sam mui subtís e melhores...
 Vimos o gran Michael,
 E Alberto, e Raphael;
 E ha em Portugal taes
 Tão grandes e naturaes
 Que vem quasi ao olivel.
 E vimos singularmente
 Fazer representaçoes
 De estilo mui eloquente,
 De mui novas invençoes,
 E feitas por Gil Vicente:
 Elle foi o que inventou
 Isto cá e que o usou
 Con mais graça e mais doutrina,
 Posto que Juan del Enzina
 O Pastoril começou.
 Lisboa vimos crescer
 Em povos, e em grandeza,
 E muito se ennobrecer
 Em edificios, riqueza,
 Em armas, e em poder...
 E vimos comunicar
 El Rei con o Preste Ioaõ,
 Embaixadas se mandar,
 Cousa que nella fallar
 Parecia admiração:
 Vimos cá vir Elefantes,
 E outras Bestias semelhantes
 Trazer da India por mar...

Este hombre, cuyo talento era muy superior á la adocenada escuela cuyos insípidos frutos nos ha conservado, tuvo entre otras cosas el instinto de la poesía popular. Es casi el único de los trovadores portugueses que parece haber conocido y estimado los ro-

mances. Lo testifica el estilo de sus coplas castellanas:

Tiempo bueno, tiempo bueno,
 ¿Quién te me llevó de mí?
 Qu' en acordarme de ti
 Todo placer m' es ajeno.
 Fué tiempo y horas ufanas,
 En que mis días gozaron;
 Mas en ellas se sembraron
 La simiente de mis canas.
 ¿Quién no llora lo pasado
 Viendo cuál va lo presente?
 ¿Quién busca más accidente
 De lo que el tiempo le ha dado?
 Yo me vi ser bien amado,
 Mi deseo en alta cima:
 Contemplar en tal estado
 La memoria me lastima.
 Y pues todo m' es ausente,
 No se cuál extremo escoja;
 Bien y mal, todo m' enoja:
 ¡Mezquino de quien lo siente!

Y lo que es más significativo todavía: los rasgos más poéticos de las trovas puestas en boca de Doña Inés de Castro, son eco de un romance viejo, de distinto, aunque no muy desemejante argumento:

Estaua muy acatada,
 Como princesa servida,
 Em meus paços muy honrrada,
 De todo muy abastada,
 De meu senhor muy querida.
 Estando muy de vaguar,
 Bem fora de tal cuidar,
 Em Coymbra d' asesequo,
 Polos campos de Mondeguo
 Cavaleyros vy asomar...

Compárese el principio de uno de los romances de *Isabel de Liar* (núm. 104 de la *Primavera* de Wolf):

Yo me estando en Giromena
 Á mi placer y holgar,
 Subiérame á un mirador
 Por más descanso tomar:
 Por los campos de Monvela
 Caballeros ví asomar...

Acaso este romance fué compuesto á imitación de otro que versase sobre la catástrofe de Doña Inés de Castro, y en él probablemente se inspiraría Resende, como se inspiró más tarde Luis Vélez de Guevara en su comedia *Reinar después de morir*:

Por los campos del Mondego—caballeros veo asomar:
 Armada gente les sigue—¡válgame Dios! ¿qué será?

El *Cancionero* de Resende apareció en 1516 (1), cinco años después del de Castillo, al cual imita en todo, hasta en su aspecto tipográfico. Pero destinado á un público menos numeroso, nunca obtuvo tanta difusión como el castellano, y no fué reimpresso ni una sola

(1) *Cancio | neiro, geral: | Com preuilegio*

Colofón «Acabousse de empremir o cancyo- | neyro geerall. Com preuilegio do | muyto alto e muyto poderoso Rey | dom Manuell nosso senhor. Que | nenhũa pessoa o posa empremir... Foy ordenado e emendado por Garcia de | Reesende fidalquo da casa del Rey nosso senhor | e escrivam da fazenda do príncipe. Començouse em Almeirim e acabousse na muyto nobre e sempre leall çidade de Lixboa. Por Hermã de câpos | alemã hóbardeyro del rey nosso senhor e empre- | midor. Aos XXVIII dias de setembro da era de nosso senhor Jesu cristo de mil e quinhentos e XVI annos. Fol. 232 hojas á dos y tres columnas.

Hay ejemplares en la Biblioteca Nacional y en la de Palacio. Otro tiene en Sevilla el Marqués de Jerez en su incomparable colección de libros de poesia española.

vez en el transcurso de más de tres siglos, por lo cual llegó á ser libro rarísimo, contribuyendo á ello el rigor inusitado con que le trató en su índice expurgatorio de 1624 la Inquisición de Portugal (que en estas materias fué siempre mucho más rígida y meticulosa que la nuestra), ordenando tachar una porción de pasajes. Sólo en 1846, y no por iniciativa de los portugueses, todavía menos solícitos de sus tesoros literarios que nosotros (y es cuanto hay que decir), sino de una sociedad de bibliófilos alemanes, la de Stuttgart, que ha prestado tantos servicios á la ciencia desenterrando obras rarísimas de todas las literaturas, se vió nuevamente de molde la compilación de Resende, ilustrada con un breve prefacio del Dr. Kausler. Esta edición, dividida en tres tomos, es copia literalísima de la primera, y reproduce por consiguiente todas sus erratas, que son innumerables. El texto de las composiciones castellanas está horriblemente desfigurado (1).

Resende encabezó su colección con un elegante prólogo ó dedicatoria al rey D. Manuel, cuya parte más esencial voy á transcribir, excusándome el trabajo de traducirla, puesto que ya lo está primorosamente por D. Juan Valera: «Porque la natural condición de los Portugueses es no escribir nunca cosas que hagan, aun siendo dignas de grande memoria; muchos y muy altos hechos de guerra, paz y virtudes, de ciencias, mañas y gentilezas están olvidados, que si los escritores

(1) *Cancioneiro geral. Altportugiesische Liedersammlung des Edeln Garcia de Resende .. Stuttgart. Gedruckt auf Kosten des litterarischen Vereins, 3 vol. 4.º, 1846-1848-1852. (Tomos XV, XVII y XXVI de la Biblioteca publicada por dicha Sociedad Literaria.)*

se quisiesen ocupar en escribirlos, en las historias de Roma y de Troya, y en todas las otras crónicas antiguas no hallarian memoria de mayores hazañas ni más notables casos que los que de nuestros naturales podrían escribirse, así de los tiempos pasados como de ahora. Tantos reinos, señoríos, ciudades y villas, á miles de leguas, tomados por mar ó por tierra á fuerza de armas, siendo tal la multitud de los contrarios y tan pocos los nuestros; sostenidos con tantos trabajos, guerras, hambres y cercos, y con tan remota esperanza de ser socorridos; señoreando por las armas gran parte de Africa; teniendo tantas fortalezas tomadas, y de continuo guerra sin cesar. Así Guinea, donde grandes Reyes son nuestros vasallos y tributarios, mucha parte de Etiopía, Arabia, Persia é India, donde tantos Reyes moros y gentiles, y tantos grandes señores son por fuerza hechos súbditos y servidores, y pagan parias ó tributos, y no pocos pelean por nosotros bajo la bandera de Cristo y siguen á nuestros capitanes contra los suyos. También hemos conquistado 4.000 leguas por mar, que ningunas armadas del Soldán ni otro gran Rey ni Señor osan navegar por miedo de las nuestras, y pierden sus tratos, rentas y vidas, y se convierten reinos y señoríos con innumerables gentes á la fe cristiana, recibiendo el agua del santo bautismo; y otras cosas que no pueden reducirse á breve escritura. Todos estos hechos y otros de tal sustancia no son divulgados como lo serian si gente de otra nación los hiciese. Y por esta misma causa, muy alto y poderoso Príncipe, muchas cosas de folgar y de gentileza se pierden sin quedar de ellas noticia. En la cual cuenta entra el arte de trovar, que en todo tiempo fué

muy estimado, y con él alabado Nuestro Señor, como se advierte en los himnos que se cantan en la Santa Iglesia. Y así de muchos Emperadores, Reyes y personas memorables, por los romances y trovas sabemos las historias. El arte de trovar es además necesario en las cortes de los grandes Príncipes para gentileza, amores, justas y juegos, y para castigar y poner enmienda en los malos trajes é invenciones, como en el libro más adelante se verá. Y como, Señor, los otros asuntos son muy grandes, y por su grandeza y mi corto entender, no debo tocar en ellos, para satisfacer en parte el deseo que siempre tuve de hacer algo en que Vuestra Alteza fuese servido y tomase *desenfadamento*, determiné juntar algunas obras que pude haber de pasados y presentes, y ordenarlas en este libro.»

Lo primero que llama la atención en este *Cancionero*, prescindiendo de la diferencia de lenguas, que es meramente accidental y no afecta al contenido poético, es la penuria de inspiración histórica, el divorcio en que estos trovadores cortesanos parecen vivir de toda la grandiosa vida de su pueblo, que se desarrollaba á sus ojos, y en la que algunos de ellos tomaron parte muy honrosa y calificada. Ni las empresas de África, ni las portentosas navegaciones de Oriente tienen eco apenas en esta retórica convencional y enfadosa. Aun los asuntos interiores del reino parecen preocupar de un modo muy superficial á estos ingenios. Las pocas excepciones que pueden alegarse, de Luis Enríquez, de D. Juan Manuel, de Alvaro de Brito y de algún otro, sólo sirven, por su rareza y por su medianía, para confirmar la regla.

Si estos versificadores parecen vivir aislados de la

realidad presente y luminosa, de la cual sólo aciertan á reproducir algún aspecto exterior y fugitivo, todavía están más distantes de la poesía tradicional, que no dan muestras de estimar, ni siquiera de conocer. Ya hemos visto que las trovas de García de Resende sobre la muerte de doña Inés de Castro son un ejemplo solitario que ni tenía precedentes ni tuvo imitadores por entonces.

¿Qué más? la fuente fresca y saludable del lirismo gallego permanece sellada para estos pedantescos é insulsos vates que, salvo la lengua, no parecen ni prójimos de los juglares que cantaron tan suave y delicadamente en las cortes del rey D. Diniz y de Alfonso IV.

Aun de la poesía castellana de la corte de D. Juan II y de sus sucesores inmediatos, que distaba mucho de ser un modelo, pero que tuvo á veces elevadas aspiraciones y relativos aciertos, se imitó lo que era menos digno de estimación, lo más frívolo, lo más efímero, lo más incoloro. Juan de Mena fué el maestro acatado por todos, pero no hubo quien emulase los grandiosos cuadros históricos y el sentido patriótico del *Labyrintho*. El *Cancionero* del Marqués de Santillana fué buscado por aquellos próceres como joya de mucho precio, pero nadie se asimiló la gravedad sentenciosa del diálogo de *Blas contra Fortuna* ni menos la gentileza y frescura de las serranillas, aunque su tipo estuviese tomado de la antigua poesía galaico-portuguesa. É inútil es añadir que nada hubo comparable con las coplas de Jorge Manrique ó con el *Diálogo del amor y un viejo*, porque también estas piezas están muy solitarias en el Parnaso de Castilla.

La imitación de los italianos es puramente de refle-

jo en el *Cancionero de Resende*. La imitación clásica pura se reduce á algunas heroídas de Ovidio traducidas por Juan Roiz de Sá y Juan Roiz de Lucena: composiciones que, después de todo, son de las más amenas que hay en el *Cancioneiro*, hasta por el gracioso contraste entre el metro nacional y el fondo tomado de la poesía latina.

En suma, no parece que la lengua castellana, en el siglo xv, pagase dignamente á su hermana la portuguesa, lo que de ella había recibido en los orígenes de la lírica. No sucedió lo mismo después de la triunfal aparición de Gil Vicente.

Pero á pesar del poco valor intrínseco de casi toda la producción poética de los reinados de D. Alfonso V, *el Africano*, y de D. Juan II, *el Príncipe Perfecto*, y aun de los primeros años del felicísimo reinado de D. Manuel, siempre ofrecerá gran interés el *Cancionero* de Resende como monumento de una época gloriosa para ambos pueblos peninsulares y como símbolo de fraternidad entre ellos. Nunca estuvieron más estrechamente unidos en espíritu, por lo mismo que nunca habían realizado tan grandes cosas, ni habían sentido tal plenitud en su conciencia nacional, tanto brío y esfuerzo en su brazo, tanta luz en su espíritu, tanta alegría en su vida. Ese rancio y voluminoso libro, medio portugués, medio castellano, atestado de versos malos ó medianos, cobra, si se le mira de este modo, precio inusitado, y se convierte en una venerable reliquia. D. Juan Valera ha expresado todo esto en frases elegantísimas, como suyas, y que me place reproducir aquí, porque el notable estudio en que se hallan no figura todavía en la colección de sus obras:

«Aunque todas las poesías del *Cancionero* son de *sociedad*: burlas, sátiras, *cousas de folgar*, declaraciones de amor, *louvores* ó encomios de la hermosura de las damas, invenciones y letras de justadores, quejas y encarecimientos enamorados, y preguntas y respuestas para manifestar prontitud y agudeza de ingenio, improvisando en una reunión elegante: todavía son de grandísimo interés por ser obra de aquellos mismos varones que pasaban más allá de Trapobana, que iban dilatando el imperio de la fe por el Africa y por el Asia, que domeñaban remotísimos pueblos y regiones y el poder del Samorí, y que visitaban islas y continentes misteriosos, apenas explorados antes por ningún europeo; el imperio de Abexim, la corte del Preste Juan, los alcázares de la Aurora, la cuna donde nace el día, los países de la canela, del clavo y del incienso, la isla de los Amores y las costas de Pancaya, donde se crían los preciosos aromas. Estas grandes novedades traían á la elegante corte del rey D. Manuel cierta luz y cierto perfume del extremo Oriente. En suma, el *Cancionero* es un monumento de los ocios magnánimos, de los galanteos y de la vida de una nobleza heroica y aventurera, en quien tan preciso ornato era el arte de poetría, cuanto el montar á caballo en toda silla y saber revolver con gracia, y alancear un toro, y correr cañas, y tirar la barra: en quien resplandecía la sutileza del ingenio, lo quinta-esenciado y metafórico de los sentimientos amorosos y la blandura de corazón, lo mismo que la destreza en las armas y las extraordinarias fuerzas corporales: porque era natural y propio en individuos de ella, como Aires Telles de Menezes, derribar en la lucha á los más duros y fornidos ganapanes,

ó morir de amor por alguna Princesa. El *Cancionero* encierra en sí el espíritu, la índole y la condición de estos nobles portugueses, los cuales, en obras grandes y en pensamientos atrevidos, se adelantaban entonces á los demás hombres, salvo á sus vecinos los castellanos.»

«El *Cancionero*, por lo tanto, no pudo menos de excitar el interés más vivo y de ser leído con avidez, apenas apareció. Todo barco que iba á la India Oriental llevaba ejemplares, y en las más distantes comarcas leían los guerreros portugueses aquellos versos, cuando no los componían, recordando, en medio de sus aventuras y peligros, la corte de Lisboa, los alcázares de Cintra, sus bosques y jardines, y las hermosas y discretas damas de quien vivían enamorados y ausentes. Castanheda y Juan de Barros dan testimonio de ello, y refieren además un uso extraño que del *Cancionero* se hizo. En 1518, dos años después de su publicación, fué Antonio Correa con una embajada á los reinos del Pegú, á fin de hacer un tratado de paz y alianza con los Príncipes allí reinantes. Para prestar el debido juramento no había Evangelios, y el libro de oraciones ó Breviario del Capellán pareció pobre y mezquino al lado del magnífico Libro Santo de aquellos indios. Entonces tomaron los portugueses el *Cancioneiro*, que era un hermoso *in-folio*, y sobre él juraron todo lo que convenía.»

El tránsito de la poesía cortesana del siglo xv á la italo-clásica del siglo xvi, cuyo patriarca es en Portugal Sá de Miranda, como entre nosotros lo son Boscán y Garcilaso, no fué violento ni se hizo en un día. Sirvieron de lazo entre ambas escuelas ciertos poe-

tas inspirados y sentimentales, que conservando la *medida vieja*, es decir, la forma métrica del octosílabo peninsular, la adaptaron á un contenido diferente y mucho más poético que el de los versos de Cancionero, creando una escuela bucólica, en que parece que retoñó la planta de la antigua pastoral gallega, no por imitación directa, según creemos, sino por condiciones íntimas del genio nacional. Pero es cierto que tanto en Bernaldim Ribeiro como en Cristóbal Falcão, que son los dos representantes de este grupo, influyó el renacimiento de la égloga clásica, influyó la égloga dramática de Juan del Enzina y Gil Vicente, é influyó grandemente la novela sentimental del siglo xv, *El siervo libre de amor*, de Juan Rodríguez del Padrón, la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro; género influido á su vez por los libros de caballerías que en toda la Península pululaban, y á cuya lección se entregaba con delirio la juventud cortesana. Bernaldim Ribeiro, que no era gran poeta, pero sí un alma muy poética, de sensibilidad casi femenina, sea cualquiera el valor de las leyendas que hacen de él una especie de Macías portugués y que van cediendo una tras otra al disolvente de la crítica moderna (1), atinó con la forma que con-

(1) Además de su novela compuso Bernaldim Ribeiro cinco églogas en verso, que contienen como en cifra la historia de sus amores. Fué opinión corriente entre los poetas románticos que la dama objeto de la pasión de Bernaldim Ribeiro había sido la Infanta Doña Beatriz, hija del Rey D. Manuel, la cual casó con el Duque de Saboya. Esta leyenda, que sirvió á Almeida-Garrret para su celebrado drama *Um auto de Gil Vicente*, ha sido impugnada por Th. Braga en su libro *Bernaldim Ribeiro e os Bucolistas* (Porto, 1872), en su *Curso da historia da Litteratura Portuguesa* (Lisboa, 1886) y en otras publicaciones suyas, don-

venia á todas estas vagas aspiraciones de sus contemporáneos, y poetizando libremente los casos de su vida, con relativa sencillez de estilo (no libre, sin embargo, de tiquis-miquis metafísicos), y con una armonía desconocida hasta entonces en la prosa, dió en el libro de sus *Saudades* (más generalmente llamado *Menina e moça*, por ser estas las palabras con que comienza) el primer ensayo de la novela pastoril de nuestra Península, casi al mismo tiempo que Sanazaro creaba la pastoral italiana, pero con entera independencia de él y siguiendo otro rumbo. El poeta napolitano imita, ó por mejor decir, traduce y calca, á Virgilio, á Teócrito, á todos los bucólicos antiguos. Bernaldim Ribeiro, hijo de la Edad Media, combina el elemento caballeresco con el pastoril, ó más bien subordina el segundo al primero, y además, valiéndose, como el autor de la *Cuestión de Amor*, del sistema de los anagramas, expone bajo el disfraz de la fábula hechos realmente acontecidos, si bien sobre la identificación de cada personaje haya larga controversia entre los eruditos. Pero del verdadero ca-

de quiere probar que la amada de Bernaldim Ribeiro (que él designa con el nombre poético de *Aonia*) fué Doña Juana de Vilhena, prima del Rey D. Manuel é hija del Conde de Vimioso. También el ingenioso novelista Camilo Castello Branco, en un artículo inserto en sus *Noites de insomnio* (núm. 10, páginas 29-36), sostiene con buenos argumentos que Bernaldim Ribeiro no fué gobernador de San Jorge de Mina, ni amó á la Infanta Doña Beatriz, ni salió de su tierra sino después que aquella señora había partido para Saboya (5 de Agosto de 1521). Afirma igualmente C. Castello Branco que el Bernaldim Ribeiro, poeta, es persona diversa, no sólo del Gobernador de San Jorge, sino también de otro Bernaldim Ribeiro Pacheco, Comendador de Villa Cova, de la Orden de Christo y Capitán mayor de las Naos de la India.

rácter de la novela de Bernaldim Ribeiro tendremos ocasión de volver á hablar cuando tratemos de la *Diana* de Jorge de Montemayor, entre cuyos precursores más inmediatos debe contársele.

No quedan versos castellanos de Bernaldim Ribeiro, aunque es de presumir que los hiciese como todos los poetas de su tiempo. Se le han atribuido, no obstante, algunos sin más razón que hallarse al fin de una de sus églogas, en un pliego suelto de 1536. Una de estas composiciones es aquel tan sabido soneto de Garcilaso, paráfrasis de un epigrama de Marcial,

Pasando el mar Leandro el animoso...

Las otras son dos glosas de romances, uno de ellos el de Durandarte y Belerma (1). Pero si no puede afirmarse que glosase romances castellanos, hay que reconocer que su poesía, cuando es mejor, más honda y más sentida, tiene el sabor y aun el metro de romance. Nada hay en sus cinco églogas, nada en la de *Chrisfal* de Cristóbal Falcão, nada en la lírica portuguesa de entonces, que tenga el extraño hechizo, la misteriosa vaguedad del romance de Avalor, inserto en la segunda parte de *Menina e Moça* :

Pola ribeira de um rio,
Que leva as agoas ao mar,
Vai o triste de Avalor,
Não sabe se ha de tornar.
As agoas levam seu bem,
Elle leva o seu pesar,
E só vai sem companhia,

(1) *Trovas de dous pastores, Silvano y Amador, feitas por Bernaldim Ribeiro, 1536.* (Vid. la ed. de las Obras de B. Ribeiro de 1852 en la *Bibliotheca Portugueza*.)

Que os seus fora elle leixar.
Cá quem não leva descanso,
Descansa en só caminhar .
Descontra donde ia a barca
Se ia o Sol a baxar.
Indo-se abaxando o Sol,
Escurecia-se o ar :
Tudo se fazia triste
Quanto havia de ficar.
Da barca levantam remo,
E ao som de remar
Começaran os remeiros
Do barco este cantar :
;Qué frias eram as agoas!
;Quem as havrá de passar!
Dos outros barcos respondem :
;Quem as havrá de passar!
Senaõ quem a vontade pôz
Onde a não pode tirar.
Trala barca levam olhos,
Quanto o dia dá logar.
Não durou muito; que o bem
Não pode muito durar.
Vendo o Sol postó contr' elle
Soltou redeas ao cavallo
Da beira do rio andar.
A noite era callada
Pera mais o magoar,
Que ao compasso dos remos
Era o seu suspirar.
Querer contar suas magoas
Seria arêas contar.
Quanto mais se alongando
Se ia alongando o soar.
Dos seus ouvidos aos olhos
A tristeza foi egualar;
Assim como ia a cavallo
Foi pela agua dentro entrar.
E dando un longo suspiro,

Ouvía longe falar;
 Onde magoas levam alma
 Vão tambem corpo levar.
 Mas indo assi, per acerto,
 Foi c'um barco n'agua dar,
 Que estava amarrado á terra,
 E seu dono era a folgar.
 Saltou, assim como ia, dentro,
 E foi a amarra cortar:
 A corrente e a maré
 Acertaram-no a ajudar.
 Não sabem mais que foi d'elle,
 Nem novas se podem achar;
 Suspeitouse que era morto,
 Mas não é para afirmar.
 Que o embarcou ventura
 Para só isso guardar.
 Mais são as magoas do mar
 Do que se podem curar (1).

(1) Para mí no es cosa probada que el Don Bernaldino del romance viejo (núm. 293 de Durán)

Ya piensa Don Bernaldino
 Ir su amiga visitar...

sea Bernaldim Ribeiro, pero así lo han creído graves autores, entre ellos el mismo D. Agustín Durán, y es cierto que el romance, más bien que popular, parece del género de los amatorios que componían los últimos trovadores.

III

La escuela portuguesa del siglo xv legó al xvi su mayor poeta: la primera obra dramática de Gil Vicente fué representada en 1502. Para hablar dignamente de este soberano ingenio necesitaríamos un cuadro más amplio, en que su figura se destacase sobre las tablas del teatro primitivo, en vez de asomarse tímidamente al coro de las escuelas líricas. Gil Vicente es uno de los grandes poetas de la Península, y entre los nacidos en Portugal nadie le lleva ventaja, excepto el épico Camoens, que vino después, que es mucho más imitador y que abarca un círculo de representaciones poéticas menos extenso. El alma del pueblo portugués no respira íntegra más que en Gil Vicente, y gran número de los elementos más populares del genio peninsular, en romances y cantares, supersticiones y refranes, están admirablemente engarzados en sus obras, que son lo más nacional del teatro anterior á Lope de Vega. A diferencia de los insulsos trovadores cortesanos del siglo xv, y á diferencia de la mayor parte de los poetas humanistas del siglo xvi, Gil Vicente vivió en comunión íntima con la tradición de su raza, y acertó á sacar de ella un nuevo y rico venero de poesía. Tuvo, además, el genio de la creación dramática en términos tales, que rompiendo